



No por repetidas, dejan de ser sorprendentes algunas de las cosas que pasan últimamente en nuestro país. Arnaldo Otegi Mondragón (Elgóibar 1958), reconocido miembro de ETA, vinculado a numerosas acciones terroristas en los años 70 y 80 y destacado desde entonces, por su apoyo y apología del fenómeno terrorista, tras su salida de prisión, es aclamado y proclamado por algunos sectores de nuestra sociedad, como hombre de paz y ejemplo en la defensa de los derechos de los ciudadanos. Posteriormente se postula como candidato político a presidente, nada más y nada menos, que de un Parlamento Regional de nuestro país.

En los últimos tiempos el perfil de nuestros representantes políticos está cambiando notablemente. Quizá sea una tendencia percibida también en otras democracias civilizadas de nuestro entorno, o puede que sea consecuencia, como en oscuros tiempos pasados, de una situación de crisis a nivel global. En cualquier caso habría que plantearse, si de verdad es esto lo que queremos y si es deseable para el mantenimiento de las democracias en nuestros países.

Mientras no se supere esta situación de anomalía representativa que vivimos, con unos candidatos, alejados de cualquier actividad no sólo éticamente reprobable sino clamorosamente delictiva y antidemocrática y antes de perder definitivamente la esperanza de que las cosas cambien, lo más práctico quizás sea, tal y como intentan nuestras queridas ratas, someter a los candidatos a un reciclaje previo al desempeño de sus cargos. Otra cuestión sería preguntarse si el desprestigio actual de la política, es consecuencia solo de nuestros políticos o es simplemente un fiel reflejo de la sociedad o de lo que ésta está dispuesta a soportar. ■

Ignacio Nieto González